



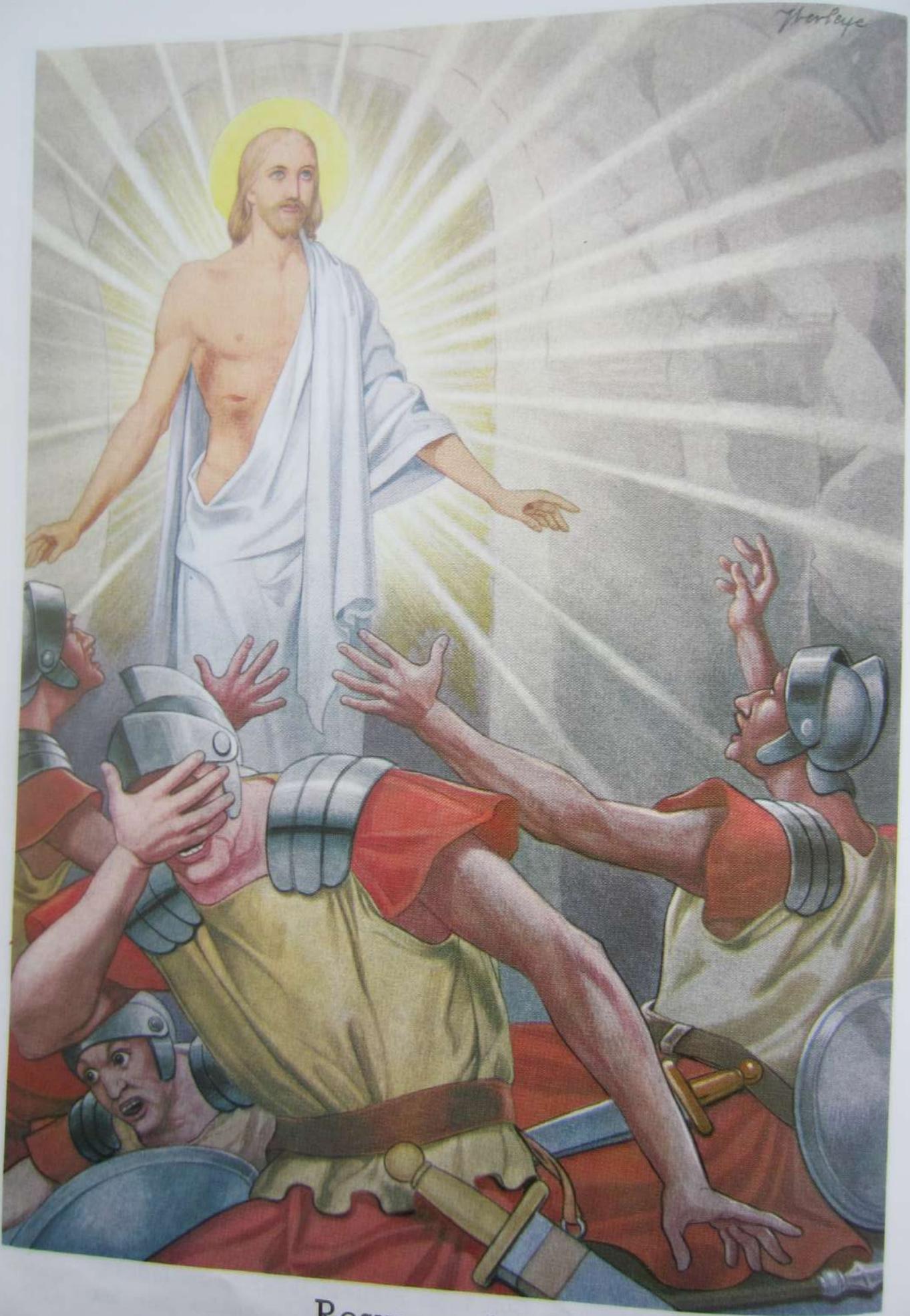
La sepultura

LA SEPULTURA

Al inclinar Jesús la cabeza, el poder de las tinieblas había terminado. Antes de su muerte, sus enemigos, por odio, le habían causado todo el mal posible. Después de su muerte, se hizo la luz. La bondad, el amor y la alegría iban a actuar.

José de Arimatea, hombre rico y miembro del Sanedrín, aunque animado de otros sentimientos que sus colegas, era discípulo en secreto de Jesús. El miedo a los judíos no le dominó. Fue a Pilato y le pidió resueltamente el cuerpo de Jesús. Iba acompañado de Nicodemo, doctor de la ley, que había visitado a Jesús de noche, por miedo a sus compañeros. Pero en esta hora solemne el amor guiaba sus pasos. Con la ayuda de algunos discípulos fieles, se acercaron al Calvario para enterrar a Jesús.

Antes de que se ocultara el sol, que marcaba el comienzo del sábado, bajaron de la cruz el cuerpo sagrado de Jesús. Apoyaron una escalera en la cruz, quitaron los clavos de los pies y las manos, y valiéndose de unas cuerdas bajaron a tierra el cuerpo de la santa víctima. Con cariño le quitaron la corona de espinas. Con todo respeto lavaron cuidadosamente el cuerpo cubierto de sangre y deshecho por las



Resurrección

heridas. Lo ungieron con una mezcla de mirra y áloe que Nicodemo había comprado.

Con todo cariño lo envolvieron en un sudario de lino, María y las piadosas mujeres, con el corazón entristecido, estuvieron presentes a todo.

Luego un cortejo silencioso se dirigió hacia el sepulcro situado en un huerto cercano. El sepulcro pertenecía a José de Arimatea. Estaba excavado en la roca y nunca había sido usado. Transportaron el cuerpo a la cámara interior, después de pasar por un vestíbulo previo. El cuerpo fue depositado dentro sobre una losa de piedra. La cabeza rodeada de un paño de lino. Depositaron aromas sobre el sudario y en la cámara. Concluido esto salieron, cerrando la puerta con una gran piedra redonda que tapaba la entrada del sepulcro.

La Santísima Virgen estaba profundamente triste, aunque no deshecha por el dolor. Su corazón estaba lleno de sentimientos de paz, de calma y de gran esperanza. Porque ella, más que nadie, estaba convencida de que la hora de la Resurrección gloriosa iba pronto a sonar.

LA RESURRECCION

La tumba quedó cerrada la tarde del viernes, que era para los judíos el comienzo del sábado. Durante este tiempo, los apóstoles aterrorizados que habían huido cuando el prendimiento de Jesús, se refugiaron en el Cenáculo, lugar donde habían celebrado la última cena con Jesús. Más tarde fueron llegando María, Juan, María Magdalena y las otras piadosas mujeres. María se había convertido en la consoladora de todos y en la esperanza viviente. Su actitud les animaba a todos. Ante esta madre tan noble y valerosa, su amor y su fe por el Maestro cobraron nuevo vigor. Pero María guardó en su corazón el secreto de su fe en la próxima resurrección de su Hijo. Era Él mismo el que debía revelar este gran misterio a sus discípulos, cuando llegara la hora.

Otro grupo se había formado también, pero de un estilo muy diferente. Los escribas y fariseos satisfechos habían abandonado el Calvario. El profeta de Nazaret estaba bien muerto y sepultado, y su pequeño grupo de discípulos disperso. Los hombres de la ley se felicitaban de no haber entrado por la mañana en casa de un gentil; no se habían contaminado y podían ahora celebrar gozosamente la Pascua con toda tranquilidad.

Pero el sábado por la tarde, la alegría y la paz dejaban el puesto a la ansiedad. Caifás empezó a inquietarse. Se decía a sí mismo: «Dos de los nuestros, José de Arimatea y Nicodemo, se han unido ya a los discípulos de aquel hombre y el cuerpo del criminal descansa en el sepulcro de José. Con la ayuda de los discípulos podrían fácilmente coger el cuerpo y hacer correr luego que la profecía de la resurrección se había cumplido.» Fue, pues, Caifás al encuentro de Pilato para exponerle sus temores y pedir que el sepulcro fuese custodiado. Pilato le vino a decir que si quería guardias que emplease los del templo. Entonces Caifás hizo que sellaran el sepulcro y mandó que los guardias estuvieran custodiándolo durante tres días y tres noches.

Al amanecer del primer día de la semana, hubo un gran temblor de tierra. Un ángel del Señor, habiendo tomado forma humana, bajó del cielo, corrió a un lado la losa de la entrada del sepulcro y se sentó allí. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos eran blancos como la nieve. Los guardias aterrorizados permanecieron largo rato inmóviles. Cuando tuvieron fuerza para moverse huyeron lejos del sepulcro y corrieron a la ciudad a contar lo que acababa de suceder.

Caifás quedó sin palabra. Convocó una reunión de los príncipes de los sacerdotes y de los jefes del pueblo. Aún muerto, el Nazareno parecía tener fuerza para no dejarles en paz. Discutieron mucho y determinaron al final ofrecer a los guardias una fuerte suma de dinero para que declararan que de noche los discípulos habían robado el cuerpo.

Las piadosas mujeres que habían pasado todo el sábado en el cenáculo, estaban impacientes por volver al sepulcro donde reposaba el Maestro. El embalsamamiento del viernes había sido hecho demasiado a la ligera y querían hacerlo mejor. Por esto, cuando todavía era de noche, María Magda-

lena, María, la madre de Santiago y Juan, y otras piadosas mujeres, se dirigieron hacia el sepulcro llevando perfumes.

Ya de camino, se acordaron de la gruesa piedra que cerraba el sepulcro, y se preguntaban cómo se las arreglarían para moverla. Aun sabiendo que no tendrían fuerza para ello, continuaron andando. ¡Cuál no fue su sorpresa al ver la piedra removida! María Magdalena, temiendo que hubieran podido robar el cuerpo del Maestro, volvió inmediatamente al cenáculo en vez de seguir hacia el sepulcro. Cuando llegó, sin aliento siquiera, contó a Pedro y Juan: «Han quitado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde le han puesto.»

Mientras, las otras mujeres penetraron en el sepulcro. Allí vieron a un muchacho sentado a la derecha, vestido con un traje blanco, que les dijo: «No os asustéis. Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado. Resucitó. No está aquí. Mirad el sitio donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea, allí le verán según anuncié.»

Sin perder un instante, las piadosas mujeres obedecieron al ángel. Temerosas, pero felices de poder llevar la venturosa nueva, volvieron al cenáculo para transmitir el mensaje. Pero no les hicieron caso.

Las palabras de Magdalena, sin embargo, tuvieron más suerte. Pedro y Juan salieron corriendo hacia el sepulcro. Juan llegó antes que Pedro, no entró sin embargo. Una vez hubieron penetrado, vieron las vendas caídas y el sudario que tenía alrededor de la cabeza, doblado en otro sitio.

Pedro creyó que se trataba de un robo. Juan «vio y creyó». Luego los dos discípulos se fueron a casa.

Permaneció sola María Magdalena, junto al sepulcro, llorando. Entró, toda llorosa, para ver el sitio donde habían depositado a Jesús. Pero el sitio no estaba vacío, como ella suponía. Vio dos ángeles, de blanco, sentados, uno hacia la cabeza y otro hacia los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Y le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella contestó: «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.»

En su ansia de hallar el cuerpo del Maestro, miró en derredor y vio a un hombre que estaba allí, fuera del sepulcro, que le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras?», ¿a quién buscas?»

Creyendo que era el jardinero, le dijo: «Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo iré a buscarle.»

En vez de contestar directamente, el hombre la miró, y dijo luego: «María». Al instante la pena y la angustia se trocaron en un gran gozo. Reconociendo la voz de Jesús, cayó a sus pies y con un suspiro de amor gritó: «Maestro».

En su impulso de no perderle ya nunca, se lanzó a sus pies para besárselos, pero Jesús le dijo dulcemente: «No me toques, pues todavía no he subido al Padre. Ve a ver a mis discípulos y diles: «Subo a mi Padre, vuestro Padre también; a mi Dios, vuestro Dios también.»

María Magdalena corrió al cenáculo para anunciar la gran noticia a los discípulos, pero ellos no quisieron creerla. «Y ellos, cuando se enteraron que estaba vivo y que ella le había visto, no quisieron creerla.»

LOS DISCIPULOS DE EMAUS

☉ Lucas, uno de los discípulos, dejó el cenáculo para ir
Ambos es-